

LOS BARBEROS

Abril 28/57 m

 DE 10 Y 10

Por

Carlos Robreño

—Deje. Tómela como propina.

Y aquel joven barbero que tijera y peine en mano, momentos antes se hallaba entregado a la labor de recortar los restos capilares de nuestra otrora poblada caballera, nos dió las gracias y se guardó en el bolsillo la peseta que nos devolvía como residuo de un pequeño billete de a peso —última emisión— que le habíamos entregado en pago de su esmerada tarea.

Y cuando abandonamos el moderno salón, equipado con aire acondicionado y provisto de un novísimo instrumental eléctrico guardado dentro de una urna esterilizada, vino a nuestra mente el recuerdo de los antiguos barberos de nuestra niñez y llegamos a la conclusión de que la obligación estética del pelado es uno de los renglones, que en el presupuesto privado de cada ciudadano ha sufrido una mayor alza de precio.

De aquella barbería de nuestro barrio en que cada quince días, siendo muy niños nos llevaban a pelar a la "malanguita" y más tarde, en vísperas de entrar en la Universidad, nos pelaron al "rape" con la número Cero para evitar posteriores novatadas de los compañeros, hasta los actuales en que apenas uno penetra lo sientan en el sillón a fin de someterlo a todo el proceso del progreso en tal momento que comprende también el masaje eléctrico, la limpieza de los zapatos y el arreglo de las uñas, media un gran trecho.

Cierto es que aquel albeitar casi medioeval de las pequeñas aldeas que además de recortar el pelo a sus parroquianos, les sacaba una muela a cualquiera o le colocaba sanguijuelas al parroquiano febril, no sobrevivió a las siguientes generaciones que sólo tienen del origen del oficio la referencia literaria o musical de un Figaro que creara el genio de Beaumarchais o llevarán al pentagrama un Rossini y un Mozart.

X X X

Sin embargo, la locuacidad proverbial si se transmitió de aquellos pioneros a los barberos criollos que eran especialistas en una profesión que todos tratamos de practicar: la de tomar el pelo. En mangas de camisa se entregaban a su labor en medio de un ambiente del cual quedaba impregnado toda persona u objeto que penetrara en tan pequeño recinto: el olor a barbería.

Y comentando los nueve escones que el estelar pitcher almendarista José Méndez propinara al club Detroit; el cambio del Arsenal

por Villanueva que proyectara el gobierno de José Miguel Gómez, la última "Nota del día" que publicara Eduardo Dolz en "La Discusión", o el crimen con ritos de brujería realizado por Juana Tabares y "Bocú", el barbero habla que habla y pela que pela rendía vertiginosamente su tarea, hasta que de pronto enmudecía, las tijeras se cerraba bruscamente cesando en su misión

y el joven Fígaro emprendía una rápida carrera hacia la puerta de la calle. ¿Qué había sucedido?

Fácil era la explicación. Por la acera de enfrente había pasado una parda de esculturas líneas y cimbrante cintura. El blanco y limpio olán de su bata resaltaba en fulgurante contraste con su tez bronceada, mientras sobre las caderas caían los flecos de la manta de burato que cubría sus hombros.

—¡Ave María, prieta! ¡Cómo te pareces a Carlota!

Y ante el requiebro, no muy galante que digamos, la aludida se detenía, volvía la cabeza para agradecerlo con

una sonrisa y tal era el inicio de un diálogo que a veces se prolongaba demasiado tiempo hasta que el cliente, sintiendo secarse sobre la piel del rostro la abundante enjabonadura protestaba iracundo, amenazando hasta con la retirada, quedándose a medio afeitar.

El apasionado tenorio de tijera y navaja volvía a sus labores, con aire de vencedor y pedía mil excusas antes de reanudar el trabajo y también sus comentarios que de cuando en vez era interrumpido por una exclamación:

—¡Te "acochiné". En el próximo te regalo tres peones!

Era un asiduo visitante del establecimiento que le gustaba echar una partida de Damas con el viejo encargado que apenas tenía clientes porque le faltaba ya la vista.

X X X

En aquel entonces, no obstante, existía en la calle de Obispo una barbería de lujo que se anticipó a su época. Era la de Dubic. Allí iban los caballeros de la alta sociedad a recortarse el cabello y a rizarse el bigote y los niños de familias ricas eran sentados en una sillita especial para que les fueran coquetonamente peinando sus dorados crespos que habrían de lucir después en las fotografías que publicasen en sus "Habaneras" el popular Enrique Fontanills y en el "Mundo Habanero" el muy leído Alberto Ruiz.

En "Dubic" los precios resultaban caros y no se cobraba al parroquiano la peseta consabida, sino algo más, de la misma manera que había también otros establecimientos de menos pretensiones. Eran aquellos populares de "10 y 10", donde según la frase en boga, se "pelaba al

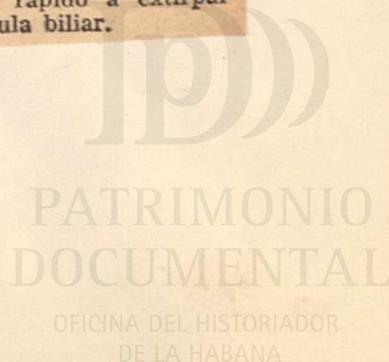
cliente mirando hacia la pared". Al General Ernesto Asbert, quien parece que en sus mocedades estuvo aprendiendo dicho oficio en su nativo pueblo de Güines, siempre lo presentaba "La Política Cómica" en aquellas buscadas caricaturas de Ricardo de la Torriente con el clásico letrerito de "10 y 10".

En cada barriada había siempre una barbería más frecuentada que las demás, pero en toda La Habana no había en aquella época, ninguna más conocida que la de Donato Milanés, situada al lado de "El Arón del Prado" que abría sus puertas en el sitio donde hoy desenvuelve sus actividades una compañía consignataria de vapores.

Restándole sus mejores parroquianos a la del "Hotel Inglaterra" y a la que existía en Neptuno entre Consulado e Industria que ofrecía como orgulloso blasón ser la escogida por el Generalísimo Máximo Gómez, después de la Guerra de Independencia para que en ella recortaran su glorioso "chivo" blanco, la "barbería de Donato" presumía de ser también un centro de reuniones literarias presidido por Don Manuel Sanguily.

Y como ejemplo de barbería bohemia, con ribetes artísticos recordamos la de Guayo, en Virtudes entre Planco y Galiano, donde nacieron muchas dulces melodías cubanas surgidas de la guitarra de Manuel Villalón.

En la actualidad el barbero cubano ha ido evolucionando al compás del tiempo y cuando lo vemos camino del trabajo, con su entallada blusa blanca de mangas cortas, llevando en la mano un maletín de cuero portando su instrumental, no sabemos si es un Fígaro que realiza un servicio a domicilio, para rasurar la barba de un anciano venerable o pelar al rape a una linda jovencita o se trata de un cirujano que se dirige con paso rápido a extirpar una vesícula biliar.





PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA